

Miércoles 30 mayo 1973

097/065/134

MALOS DIVIDENDOS

ESCRIBIA hace unos días en «ABC», el marqués de Santa Cruz, que la generosidad e hidalguía pagan malos dividendos en política internacional. Esta amarga reflexión se la inspiraba a quien fue tan distinguido embajador de España en la Corte de San Jaime (así se decía antes), el comportamiento de Inglaterra con nuestro país durante la segunda guerra mundial, a propósito de Gibraltar. Tal amarga reflexión del embajador, coincidió, para mí, con la lectura de un libro que acaba de publicarse aquí con el título «Agonía de un neutral» (las relaciones hispano-alemanas durante la segunda guerra mundial, y la División Azul), y del que es autor un norteamericano, profesor de Historia de la Universidad de Idaho, el Estado que produce las patatas más sabrosas del mundo. Este profesor se llama Raymond Proctor y según nos dicen ha sido también un distinguido oficial de las USAF (Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos).

La neutralidad de España durante la segunda guerra mundial es una historia ya bastante conocida, aunque bibliográficamente, no muy abundante. No hace mucho escribió unas páginas magistrales, sobre ese tema, don Manuel Aznar. Uno siempre sale de esa clase de lecturas pensando que en verdad fue milagroso que pudiésemos escapar de los perros de aquella guerra. Pe-

ro los milagros de esta especie se pagan. Fue, en efecto, una larga y opresiva agonía nuestra neutralidad; pero agonía fue también, y cuán dolorosa, la posguerra, y el infamante «proceso» que nos abrieron en las Naciones Unidas, en el que tantos mintieron como bellacos, encontrándonos «culpables», encima.

Generosidad e hidalguía, ¡qué malos dividendos nos pagaron! Pero hay que decir, también, que el mal pago no nos vino sólo de Inglaterra, sino de quienes se tenían por amigos, la Alemania «nazi» y la Italia fascista. ¡Cuánto nos costó aquella «amistad», que si había sido sellada con sangre entre soldados en los campos de batalla, fue mezquinamente tasada por los increíblemente mediocres políticos de Berlín y de Roma! Los testimonios que acarrea Raymond Proctor al respecto son decepcionantes. Alemanes e italianos no supieron juzgarnos, ni comprendernos, ni respetarnos, y uno no se explica bien cómo estaban tan interesados en que entrase en guerra un país —España— en el que no confiaban, y que, según ellos, estaba lleno de anglófilos —lo cual era cierto.

Lo lamentable es que libros como este del profesor de Idaho llegan demasiado tarde. Está documentalmente probado, hasta la indigestión, que España fue neutral durante la segunda guerra mundial. Pero los documentos, las pruebas han salido

de los archivos cuando ya se habían sedimentado los prejuicios, los «slogans», los «clichés», oscureciendo la mente de tantas personas y de una manera tan persistente que aún hoy pesa toda esa quincalla en las relaciones de España con algunos países. Para los historiadores, para los estudiosos de estos temas, debe ser abrumador, moralmente, descubrir que toda una avenida de documentación de primera mano, escrupulosamente seleccionada y purgada de impurezas, es incapaz de remover un solo prejuicio, de deshacer una sola mentira, o de restablecer una sola reputación. Frente a la avalancha documental probando lo contrario, queda en pie que España cooperó con el Eje durante la segunda guerra mundial. Historiadores como mister Raymond Proctor podría escribir dos mil libros como el citado y dejarlos caer, como una mampostería, sobre algún simple editorial del «Guardian» —pongamos por caso—, y no mover siquiera una letra. Paradójicamente, la verdad pasa, el prejuicio queda.

No nos importa ya. Al final, en medio de tantas gigantescas potencias militares como se nos disputaban, calumniaban y amenazaban, Franco hizo lo que le daba la real gana. Los grandes de esta Tierra pusieron las inmensas palabras y nosotros los pequeños hechos, y eso fue todo.

M. BLANCO TOBIO